

## Ser médico hoy\*

Guillermo Jaim Etcheverry\*\*

El ambicioso título de estas palabras abarca un campo de tal amplitud que resulta imprescindible afirmar desde el comienzo que no es factible definir lo que es “ser médico hoy”. Sin embargo, proporciona un pretexto para estimular la reflexión acerca de un problema de tanta trascendencia como el de nuestra identidad, el de nuestra vida misma como médicos que somos, personas preocupadas por la salud de los otros. En realidad, el nuestro, más que una actividad profesional, es un modo de vida que se desarrolla en un contexto velozmente cambiante como es el que define a la sociedad contemporánea.

Es habitual hacer referencia a la crisis actual aunque, en realidad, posiblemente nos encontremos en medio de un proceso de mutación acelerada en el que se está transformando la naturaleza del ser humano. Estamos ante una modificación profunda que implica un cambio de la civilización y que, por lo tanto, influye en todas las esferas de actividad como, por ejemplo, la educación y el ejercicio de la medicina. Para definir mejor el sentido del cambio al que me refiero, recurriré a un breve párrafo de un diálogo que mantuvieron dos escritores italianos, a propósito del libro de uno de ellos, Alessandro Baricco que se titula *Los Bárbaros*. Claudio Magris dice a propósito del libro de Baricco:

*Los bárbaros lo son respecto a aquello que se considera la civilización (es decir, respecto a nosotros, que nos consideramos como tal), una civilización que se siente devastada en sus valores esenciales: la duración, la autenticidad, la profundidad, la continuidad, la búsqueda del sentido de la vida y del arte, la exigencia de absolutos, la verdad, la gran forma épica, la lógica habitual, toda jerarquía de importancia entre los fenómenos. En lugar de todo esto, triunfan la superficie, lo efímero, el artificio, la espectacularidad, el éxito como única medida del valor, el hombre horizontal que busca la experiencia en una calesita continuamente mutable. Vivir se convierte en un surfing, una navegación veloz que salta de una cosa a otra como de una tecla a otra en Internet; la experiencia es una trayectoria de sensaciones en la que la 'pulp fiction' y Disneylandia valen tanto como Moby Dick y no dejan tiempo para leer Moby Dick.*

Creo se trata de una descripción precisa de la situación de cambio que estamos atravesando, del que no habrá regreso. El sentido que produzca ese cambio en el ser humano que surja de esta transformación social, resulta hoy impredecible pero, al menos, advertir su naturaleza hace que comencemos a acostumbrarnos a vivir en una sociedad definida por esa mutación.

Sin embargo, eso no supone que quienes hemos tenido la experiencia de otra manera de vivir, quienes hemos conocido otros valores, debamos resignarnos a olvidarlos y rehusemos la responsabilidad que nos cabe como mayores, como padres, como maestros, de dar testimonio de que el ser humano es capaz de algo más que eso superficial y efímero que hoy se nos muestra como única alternativa. Sabemos que, como seres humanos, tenemos otras capacidades y, por eso, estamos obligados, reitero como padres y como maestros, a mostrar a los jóvenes esas otras posibilidades que también les pertenecen. Baste, como ejemplo, mencionar el hecho de que quienes nos ocupamos de los problemas de la educación, ponemos un énfasis especial en la cuestión de la lectura, insistimos en la necesidad de leer. No lo hacemos porque idolatremos al libro, sino porque pensamos que la lectura desarrolla en el ser humano habilidades intelectuales especiales y, esencialmente, porque permite introducir a las personas en el otro tiempo de lo humano, un tiempo distinto de este veloz y acelerado en el que vivimos. Las hace reparar en el tiempo de la reflexión, del pensamiento, de la crítica, de la meditación. La lectura está indisolublemente ligada a ese otro tiempo y de allí su importancia.

Ocho siglos antes de Cristo, el poeta griego Hesíodo definió así a la educación: “La educación ayuda a la persona a aprender a ser lo que es capaz de ser”. Es una brillante definición, porque vincula los dos componentes esenciales que caracterizan a la educación. Educar es “ayudar a una persona”, vale decir que se inscribe en el terreno del acompañamiento, es ir con el otro. ¿Para qué? Para ayudarlo a descubrirse, a ser todo lo que es capaz de ser. Tal vez por eso, 2800 años atrás se logró definir la educación más certeramente que en nuestra época. Cuando se enseña matemática no se lo hace para aprender a sumar y restar, se enseña para desarrollar en el joven la capacidad de abstrac-

ción, para que cada uno de nosotros sepa que cuenta con herramientas intelectuales que nos permiten hacer desarrollos de ese tipo. Ese sedimento que nos deja la educación es lo que no podemos negar a quienes nos siguen, por eso, estamos moralmente obligados a mostrarles aquello de lo que son capaces de ser.

Quería comentar ese aspecto que considero esencial del proceso educativo, ya que estimo que tiene mucha relevancia para nuestra tarea de formación profesional. Porque formarse como médico, o como cualquier persona que busca darle sentido a su vida, es embarcarse, en última instancia, en la exploración de uno mismo. El médico es inseparable de lo que es como persona, vale en cuanto vale como persona completa. En cada uno de los actos que realizamos, ponemos de manifiesto todo lo que somos, todo lo que sabemos, toda nuestra capacidad de imaginación, de reflexión, de crítica, de abstracción. Todo nuestro conocimiento también, porque no tenemos que olvidarnos de que el conocimiento sigue siendo importante.

Debemos detenernos un momento en la paradoja de la sociedad actual: sostenemos que vivimos en la sociedad del saber y del conocimiento y, sin embargo, a poco que exploremos el conocimiento concreto de las personas, encontramos graves fallas. No me voy a detener en consideraciones en torno a esta cuestión, pero basta con señalar que el 58% de los jóvenes de 15 años, que se encuentran dentro de la escuela, no comprenden lo que leen. En Finlandia, por ejemplo, que lidera ese "ranking" el porcentaje equivalente es del 5%. Algo similar sucede en el caso de la matemática y las ciencias. No es necesario insistir en el hecho de que la lectura es una herramienta esencial para acceder a cualquier tipo de saber. Se trata de un déficit del que somos responsables, ya que no hacemos un esfuerzo suficiente para enseñar. De allí surge la paradoja de que, en una sociedad que decimos que es paradigma del saber y del conocimiento, ese saber y ese conocimiento están cada vez más ausentes en nuestros chicos y nuestros jóvenes debido a nuestro desinterés. Cada vez enseñamos menos conocimientos concretos justificados por el hecho de que el conocimiento cambia mucho. Es cierto que hoy éste se modifica muy rápidamente, pero lo que cambian son las áreas o las "fronteras" del saber. Sin embargo, lo básico, lo que nos constituye esencialmente como humanos es permanente. Tanto lo es que es fácil comprender una frase como la de Hesíodo recién citada pronunciada hace 2800 años. La comprendemos porque toca algo profundo y permanente, eso mismo es lo

que hoy no estamos revelando a la gente joven, los estamos privando del acceso a una herencia, la de lo mejor que ha hecho el ser humano, a la que tienen derecho a apropiarse. Es que hoy respetamos en el joven lo que llamamos cultura juvenil, que, en gran medida, es una cultura hecha por adultos para explotar el enorme mercado de consumo que hoy constituyen los jóvenes.

Ser joven se ha convertido en el objetivo central de la vida de cada uno de nosotros, por eso lo joven no es ya considerado como una etapa de la vida, como una instancia de transición en la formación de la persona, sino como un lugar donde uno se instala y que se resiste a abandonar. En caso de hacerlo, pretende regresar rápidamente a esa categoría de la que piensa que nunca debió haber salido, recurriendo a todos los artilugios disponibles. Esta idea de la juventud constituida como grupo estable y, además, resistente de manera militantemente orgullosa a toda influencia externa debe ser reconsiderada. Hoy, se ha creado una suerte de resistencia a todo lo anterior, se valora solo lo nuevo, ya que lo que pasó parece carecer de todo sentido. Se pretende reinventar el mundo con cada nueva generación lo que obviamente es imposible. Además, eso encierra un peligro, la pérdida de la perspectiva histórica, que, en última instancia, supone quitarle trascendencia a la propia vida. Si uno no comprende que proviene de un pasado, es muy difícil que advierta que hoy está construyendo, lo que va a ser pasado del porvenir. Es decir, el futuro carece de sentido si uno no comprende la existencia del pasado. Ese desprecio por el pasado lleva a la banalización de la tarea que hoy se hace, porque no se la ve como proyectada al futuro. Esa idea de la continuidad en el esfuerzo está en crisis. Sin embargo, todas las empresas humanas que valen la pena ser encaradas, son tareas de muchas generaciones, de una tras otra. Si no se advierte eso, se pierde esa dimensión de trascendencia, que resulta esencial para vivir.

La cuestión de nuestra formación profesional está estrechamente ligada a estas reflexiones. Esa formación se desliza velozmente hacia el privilegio del instrumento tecnológico en detrimento del instrumento humano. Porque por más rodeados de tecnología que nos encontremos, por más aparatos ultramodernos que nos rodeen, en última instancia, lo que cada médico hace es exactamente lo mismo que hacía Hipócrates en su época: acercarse y ayudar al otro que sufre, a quien que pone en nuestras manos lo único valioso que tiene que es su propia vida. No importa con qué lo ayudemos, con que ins-

trumental, sino con que conocimiento lo hagamos. Hoy se sabe mucho, se puede mucho, pero en el fondo, la esencia del acto médico reside en la relación entre dos personas: una que quiere ayudar y otra que necesita ser asistida. Quien quiere ayudar debe contar con la herramienta técnica para hacerlo, de las que hoy hay muchas. Mientras que hasta no hace mucho lo único que podíamos hacer era compadecernos y acompañar al bien morir, hoy podemos hacer muchas cosas. Sin embargo, la esencia del acto médico es la misma: hacer algo por ese otro que sufre, acercarse con la voluntad de ayudar, con la predisposición de asistirlo. En esa voluntad, en esa predisposición, está incluida toda la persona, por eso una de las tareas primordiales de la formación del médico, que no siempre se tiene en cuenta, es la de su formación como persona.

Ser médico supone la compleja construcción de una persona capaz de entender el drama de la vida del otro. Los médicos tenemos ese privilegio. El privilegio único de introducirnos en la vida de los otros, de entrar en zonas de los demás que pocos, a veces ni ellos mismos, conocen. Ese privilegio, claro, supone la obligación de estar preparados para entenderlos.

De allí que ese entrenamiento no es sólo técnico, sino que exige que se ponga "todo uno" a disposición del enfermo. Eso requiere también prepararse uno como persona no sólo técnica. Hay muchas facultades de medicina en el mundo que exigen, como obligación curricular, el leer las grandes novelas. ¿Para qué? Porque así como se aprende a conocer el cuerpo humano, es necesario aprender a conocer el alma humana y nada mejor que la gran ficción para poder hacerlo. Para vivir otras vidas, pues en última instancia, la vida de cada uno de nosotros es limitada y es precisamente la cultura lo que nos permite expandirla. Ese esfuerzo de expansión mediante la cultura es lo que muchas veces descuidamos. Es necesario invertir tiempo en esa formación, porque supone desarrollar una sutil y delicada herramienta de comprensión y, por lo tanto, de curación del otro.

Es en ese aspecto en el que fallamos y deberíamos hacer un esfuerzo mayor, porque está al alcance de todos completar esa formación en la medida en que se entienda que es imprescindible. Es ineludible hacerse cada día más humano, porque la materia con la que trabajamos es precisamente esa, lo humano. No se me escapa la dificultad de esta propuesta, pues la medicina, como las demás profesiones, se ha proletarizado. Es complejo resistirse a la fuerza del mercado y son grandes los esfuerzos que

cada uno debe realizar para poder enfrentar las exigencias de la vida cotidiana, pero es necesario pensar en la trascendencia de la misión que cumplimos, en la complejidad de la tarea que desarrollamos.

Un aspecto que creo interesante comentar es el vinculado con la actitud de apertura a la experiencia de los otros. La sociedad actual se caracteriza por un exagerado, bienvenido pero exagerado a la vez, privilegio de la individualidad. Ese endiosamiento del individuo como tal hace que cualquier intento de enseñar algo sea visto como una intromisión en la intimidad del otro. Entre el maestro y el alumno se establece una relación dialécticamente compleja que hace difícil enseñar. Sucede que el supuesto alumno ya se considera hecho, terminado, sin nada que aprender y mucho menos de alguien mayor, antiguo. Esa idea actual de "estar hecho" es sumamente peligrosa, porque ninguno de nosotros lo está nunca, ya que mientras vivimos somos seres en construcción. Hoy los jóvenes tienden a darse por terminados como personas. Ese encerrarse en la concepción de que uno ya "es", resulta una actitud muy peligrosa, pues debemos estar abiertos a la experiencia aun cuando la percibamos como muy distante de lo que hacemos, casi inútil.

Si algo caracteriza a la formación contemporánea es la idea de la "utilidad". ¿Esto que me enseñan para que me sirve? Interrogante inocente, pero cargado de sentido, ya que lo que se está preguntando es si eso que se aprende se podrá usar para hacer algo, sobre todo dinero, en forma inmediata. Y sucede que eso es imposible afirmarlo, porque la inteligencia es esa capacidad para unir hechos que parecen distantes entre sí, "inconexos", que no tienen nada que ver hasta que, de pronto, alguien puede unir. Pero para hacerlo, hay que tener qué unir, hay que saber algo concreto. Debemos repensar el eslogan contemporáneo de que el conocimiento está en las bases de datos de una computadora. El hecho de que la información esté allí encerrada no quiere decir que la persona tenga los conocimientos, la capacidad de manejar esa información. Hace medio siglo, estaba en los libros y a nadie se le ocurría aconsejar no aprender, porque allí se encontraría cuando fuera necesario. Nadie sabe cuándo y dónde aplicará eso que aprende y, por eso, la idea de la amplitud del conocimiento, que nos permite escapar al encierro de nuestra propia disciplina, debe ser seriamente considerada al encarar la formación personal.

El conocimiento está ligado a la acción, es aquello a lo que cada uno de nosotros recurre

para construirse un marco conceptual, una estructura que le permita analizar la realidad y que le haga factible incorporar la nueva información que va recibiendo. El conocimiento es la reflexión sobre esa información, por eso, estamos superinformados, pero nuestro conocimiento es cada vez más superficial y esta tendencia queda rápidamente confirmada a poco que analicemos nuestras propias experiencias personales.

La estructura de la sociedad actual facilita la pérdida del tiempo en actividades cuya irrelevancia queda oculta tras el prestigio de la tecnología. Es preciso pensar que lo único propio que tenemos es el tiempo y que del modo en que lo usemos depende el destino final de nuestras vidas. Hay que enriquecer ese tiempo tratando de evitar el verse impulsado hacia esa forma de vivir en la superficialidad que nos lleva a deslizarnos por la superficie de las cosas. No es casual que se haya caracterizado al ser humano actual como al patinador sobre hielo delgado, sobre el que debe ir rapidísimo porque, de detenerse, se hunde. A diferencia de la idea de la laboriosa construcción del interior complejo de una persona, una suerte de catedral, el hombre actual es, metafóricamente también, un panqueque muy delgadito y muy extendido en superficie, que hace contacto por sus bordes con una extensa superficie. Esa es una buena imagen para decidir lo que uno quiere ser, si se está dispuesto a construirse, a emprender esa difícil tarea de construcción, que supone reflexión, pensamiento, meditación o, por otro lado, si se conforma con extenderse superficialmente como un panqueque muy delgadito, muy superficial con poca sustancia en el interior. Hay que tener presente que hay momentos en la vida de cada uno en los que es preciso retirarse al interior. Es muy difícil resguardarse en el interior de un panqueque, pero es más fácil hacerlo al interior de una catedral en la que hay muchos lugares donde uno puede ser acogido, ayudado, acompañado en momento de decisiones difíciles.

En esa decisión se sustenta el sentido que cada uno dará a su formación profesional. Cada uno de nosotros debe considerar la alternativa de no abandonar la tarea de la construcción de su interior, no olvidar la labor de ir construyéndose permanentemente como persona. En el caso del médico, es especialmente relevante, pues su actividad es la relación entre personas. Por eso, el médico es tal vez el más importante instrumento de la curación, ya que nunca una máquina se va a hacer cargo de un paciente. Esa decisión es responsabilidad de cada uno de nosotros y debe ser tomada en base a un proceso sumamente arduo, en el que entran mu-

chos otros factores contruidos culturalmente, pero del que va a depender la complejidad del interior de cada uno.

Para decidir una conducta médica tendrán a su disposición muchos estudios que los habrán de guiar, recurrirán crecientemente a la medicina basada en la evidencia, pero en el fondo, en el momento crucial en el que tomen la decisión, recurrirán esencialmente a la experiencia personal, a lo que hayan vivido, a lo que hayan visto hacer a otros a quienes respeten, a lo que sientan. Se compromete todo el interior del médico que toma la decisión, su experiencia, lo que le han enseñado, lo que ha visto, lo que ha vivido. Y no sólo en la medicina, lo que ha visto, lo que ha vivido en su propia vida y es por esa razón que esa vida debe ser enriquecida a través de la cultura, de la apertura al mundo. Tarea difícil, esforzada, ya que nada se aprende sin esfuerzo. Cualquiera que aprende algo de verdad, sabe que le costó trabajo, esfuerzo personal, entusiasmado y ayudado por un maestro, acompañado por sus padres, de acuerdo con las etapas de la vida. Esa idea del esfuerzo está siendo perdida en esta sociedad "light" que privilegia el espectáculo y en la que todo tiene que ser divertido. La idea de la diversión es una idea poderosa en la sociedad contemporánea que está ejerciendo un enorme impacto en la formación de los jóvenes, ya que el sentido de la vida pasa a ser la diversión.

En una sociedad como la actual, en la que predominan las consideraciones económicas, utilitarias y hedonistas, es importante reflexionar sobre estas dimensiones profundamente humanas y permanentes de nuestra actividad.

Como médicos debemos pensar también en los grandes problemas sociales, pues ellos se resumen en quienes se acercan a nosotros. La presión del aparato económico que rodea a la medicina, nos va alejando de la esencia de nuestra actividad, amenazando su integridad.

Ser médico hoy es lo mismo que siempre ha sido: estar en disposición de ayudar al otro con toda la persona de uno. Esa ayuda será mejor cuanto más completa y compleja sea la formación de la persona que es la herramienta que ayuda al otro. Es imprescindible el más completo y actualizado conocimiento técnico y científico, pero no hay que olvidar que la medicina no es una ciencia, sólo utiliza herramientas que le proporciona la ciencia. La medicina es una actividad de interacción entre seres humanos, lo que antes se consideraba arte.

¿Por qué ser médico hoy? También por las mismas razones de siempre, para cumplir con la

vocación de saber para ayudar al semejante que sufre, para obedecer el impulso que tenemos de conocer la naturaleza y para cumplir, de esa manera, con el mandato humano por excelencia de conocer. Querer conocer es lo que define a lo humano y eso va unido a la necesidad de transmitir a las nuevas generaciones lo que logramos conocer. Además, debemos dar testimonio, con

nuestra conducta, ya que el ejemplo es esencial, de aquello que nos propusimos cuando iniciamos nuestro camino, tener conciencia de nuestro papel de ejemplo que somos para los demás. En fin, hay que querer ser médico hoy por las mismas razones que fueron médicos siempre aquellos que se sintieron llamados a saber para poder ayudar a los demás.

\* Conferencia pronunciada por el Dr. Guillermo Jaim Etcheverry en el Hospital de Niños "Ricardo Gutiérrez", el 17 de diciembre de 2009.

\*\* Médico (1965); Doctor en Medicina (1972); Investigador principal del CONICET; Decano de la Facultad de Medicina, Universidad de Buenos Aires (1986-1990); Rector de la Universidad de Buenos Aires (2002-2006); autor de *La tragedia educativa* (1999), que recibió el premio al mejor libro de educación del año otorgado por las X Jornadas Internacionales de Educación; Premio "Maestro de la Medicina Argentina" (2001).

## XXIX JORNADAS DEL HOSPITAL DE NIÑOS "RICARDO GUTIÉRREZ"

### IX JORNADAS DE ENFERMERÍA

Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires

## "El hoy de un Hospital centenario en el año del bicentenario"

25, 26 y 27 de agosto de 2010

**Sede:** Hospital de Niños "Ricardo Gutiérrez"  
Gallo 1330 - Ciudad de Buenos Aires

#### Temario preliminar

- El hoy en patología pediátrica habitual
- El hoy en vacunas, hacia donde vamos
- Crisis, familia y sociedad
- El pediatra frente a las emergencias
- El pediatra frente a la crisis ambiental
- Aspectos legales y realidad social actual en el ejercicio profesional pediátrico
- Educación continua
- Qué hay de nuevo en las especialidades pediátricas?
- Herramientas informáticas para el pediatra
- Manejo integral del paciente crónicamente enfermo.
- Transferencia del paciente crónico al médico de adultos.
- El hospital frente a la pandemia. Respuestas y Lecciones aprendidas
- El hospital frente al paciente traumatizado
- Realidad en las redes de salud
- Programas de prevención
- Violencia familiar. Adolescente victimario
- Técnicas quirúrgicas menos invasivas. Reemplazan la cirugía convencional?
- La realidad del hospital: hacia un proyecto futuro?
- Interrelación entre distintas áreas del hospital
- Pediatras y medios de comunicación
- Búsqueda bibliográfica y lectura crítica de trabajos científicos

**Fecha límite de presentación de trabajos: 30 de abril de 2010**

**Informes:** Asociación de Profesionales: [jornadas@guti.gov.ar](mailto:jornadas@guti.gov.ar)

**Información sobre trabajos científicos:** [jornadas2010hnrg@yahoo.com.ar](mailto:jornadas2010hnrg@yahoo.com.ar)

**Informes Jornadas de Enfermería:** [gutierrez\\_enfermeria@buenosaires.gov.ar](mailto:gutierrez_enfermeria@buenosaires.gov.ar)

**Presentación de Trabajos en:** <http://congresos.pccp.com.ar/guti2010/IngresoDeAbstracts>